

Esta noche he venido a hablaros de la primera vez que no perdí la virginidad.

Y es que casi tanto, o incluso más, que la primera vez que se hace, algunos recordamos la primera vez que pudimos hacerlo... pero no lo hicimos. Porque aunque la mayoría de los tíos no desaprovecha ninguna ocasión, y mucho menos la primera, hay un grupo de tíos al que nos gusta denominarnos los selectivos que sí somos capaces, aunque la gente prefiere llamarnos pagafantas, injustamente, porque yo nunca he pagado una Fanta a una chica, cubatas un montón, pero Fantas ni una.

Sí, recuerdo aquel día perfectamente. Hacía calor, era verano, las chicas se bañaban en el mar con pequeños bikinis ajustados, algunas incluso sin ellos y yo contemplaba la escena tumbado en mi toalla... por obvias razones que no voy a comentar, tumbado boca abajo. Me sentía optimista, pensaba que aquel era el día en que podría perder mi virginidad. Aquello era más que una intuición, tenía razones para pensar así: Mi cuerpo ya estaba preparado para ese reto como demostraba el hueco que acababa de hacer en la arena, había quedado por la noche con una chica con la que me había enrollado el día anterior y estaba a punto de cumplir años.... Una edad perfecta para iniciarme en el amor: los treinta.

La velada tuvo un comienzo que podríamos denominar como mágico, ocurrió algo que nunca me había sucedido en una segunda cita. Ella acudió. Tras una breve y diplomática conversación inicial, fuimos a una disco. Ella me propuso perrear, y justo cuando estaba a punto de mear en una esquina levantando la patita, empezó a restregar su culo por mi paquete. Si el paquete hubiera sido de cerillas, aquello hubiera sido la *nit del foc*. Aunque ella cantaba que le diera más gasolina, no la hice caso por evitar una tragedia.

El siguiente paso, también obedeció a los manuales tradicionales, nos fuimos a los sillones de la discoteca a enrollarnos. Yo fui el primero en sentarme, y cuando ella se sentó a horcajadas sobre mí.... Interiormente constaté que esa iba a ser la noche, por fin iba a mojar... ¡qué alegría!... o no. Porque inmediatamente también empezaron a surgirme dudas... ¿No estaré siendo demasiado optimista basándome en prejuicios machistas y una educación heteropatriarcal? ¿No puede una chica sentarse como quiera encima de un pene?

De repente ella me metió un chupetón en el cuello que absorbió todos los temores de mi cabeza.... Al menos de la que tenía sobre mis hombros. Porque en aquel momento fue cuando descubrí que mis inseguridades se habían alojado todas en la misma parte de mi cuerpo. Esa parte que se iba a empeñar en boicotear mi pérdida de la virginidad. Comenzaron entonces las discusiones, no entre ella la chica (señalar) y yo, ... Si no las discusiones entre “ella”, la chica (gesto de pequeña) y yo...

Y es que alguna mujer a lo mejor no lo sabrá, por eso os lo cuento, los hombres hablamos con nuestro miembro. El método de comunicación más extendido y el que utilizamos los machos más avanzados es la telepatía. Aunque en algunos pueblo de interior el método de comunicación es el “voceo”: “Ay mi pichica bonita” “Si me alcanzara el hocico yo te comía enterica” Normalmente no

son grandes conversaciones sobre el cambio climático o sobre la influencia de la filosofía de Kant en la política europea. Son más bien conversaciones como las que tenemos en los bares con los amigos, del tipo: “¿Has visto como está esa tía” “Siempre se puede contar contigo, eres cojonudo” o “Claro, soy la polla”.

Sin embargo en un momento como aquel, en el que tu miembro no responde. Tú conversación es más del tipo de la que se tiene con una pareja estable al llegar borracho de madrugada.

- ¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás tan cabizbaja? ¿Ha sido algo que haya hecho yo? Te prometo que sólo he bebido un cubata. Venga, dime algo, no lo soluciones todo encogiéndote de hombros, bueno, encogiéndote a secas.

No me decía nada. Y es que normalmente los penes son gente de pocas palabras, Son como la duquesa de Alba en sus últimos años. Quiero decir. Arrugados y con el pelo rizado.

Mientras tanto la chica seguía a lo suyo... Así que tuve que interrumpir la conversación con mi pene para centrarme en que no me metiera mano y descubriera el fiasco. Claro, que con treinta años y sin alzacuellos, aquel arrebato de castidad no colaba. Así que tuve que inventar algo, dije que era vergonzoso, y propuse irnos a mi apartamento.

Ella aceptó. Había sido la jugada perfecta. Porque pensaba que sólo necesitaba algún tiempo para que las cosas volvieran a la normalidad. De camino al apartamento mientras una me hablaba de temas sin importancia cómo sus aspiraciones y sueños en la vida, yo hacía como que la escuchaba, pero me comunicaba telepáticamente con la otra. Le daba toda mi comprensión.

- Venga hombre, no te pongas nerviosa. No es la primera vez que nos corremos tú y yo juntos... una juerga, y siempre has respondido, siempre te has mantenido firme... a nuestros principios. Esto no es nada nuevo. Piensa que hacer el amor con una mujer tiene que ser más o menos como hacerlo con una mano, pero con un bonus de tetas y piernas.

Por desgracia, cuando llegamos al apartamento mi miembro seguía en sus trece... bueno, que más hubiera querido yo que trece. No llegaba ni a siete...

De repente se me ocurrió otra idea... Le propondría a ella que se quitara la ropa lentamente, que me hiciera un strip-tease como los que salen en las películas, esas películas que a mi miembro a mí nos gustaba ver solos en la intimidad del sofá, cogiditos de la mano.

La chica accedió, y el espectáculo fue francamente bueno. La cosa mejoraba un poco pero no lo suficiente. Ya no parecía la duquesa de Alba, parecía Punset y me decía: No me mires así... El gatillazo está en tu cerebro.

Bueno, a mí no me sale muy bien la imitación de Punset pero mi pene la clava. Teníais que verlo.

A todo esto, ella me dijo la frase que no quería oír.

- Ahora te toca a ti.

Si no había una rápida reacción mi espectáculo iba a tener un final más decepcionante que el recuento de votos para España en Eurovisión. A la guayominí, ten centimeters . Con cada prenda que me quitaba, suplicaba desesperadamente a mi miembro que volviese a recobrar su cabeza, le supliqué de todos modos posibles que hay en la comunicación telepática... hasta por sevillanas: “Mírala cara a cara que es la primera”.

Cuando me quité el pantalón, me quedé allí esperando un milagro, protegido sólo por mis calzoncillos de la suerte, que dadas mis experiencias amorosas, no recuerdo como llegaron a adquirir dicha denominación. Lo que si recuerdo, es que después de aquella noche, pasaron a ser el trapo para limpiar la varilla del aceite del coche.

El caso es que no podía quitármelos y entonces en un intento desesperado me lance sobre ella, la abrace, la besé... y nuestros cuerpos empezaron a rodar sobre la cama.

Pero pasó lo que tenía que pasar... me quitó los calzoncillos... y ya nada podía ocultar la evidencia. Allí estaba él, cabizbajo y pensativo: la célula

Y la chica.

- Pero ¿qué te pasa?

Y así de primeras sólo puede decir lo primero que se me pasó por la cabeza.

- Pan natural 100%

Y ella:

- ¿Pero se pondrá duro?

- No, ¿quieres pruebas? Ni con el doble horneado.

A continuación tuvimos un momento revival de los ochenta porque ella miraba a mi miembro con pinta de “Pezqueñines, no gracias” y yo lo miraba con pinta de “Chanquete ha muerto”

Quise tapar la vergüenza. Pensé utilizar un condón, no por seguridad, sino por camuflaje. Pero estimé que entre la capucha y lo holgado que me estaba mi pene iba a parecer una estrella del hip-hop.

Luego pensé que si mi pene fuera estrella del hip-hop, podría tener un nombre molón: big pussycat o sea Gatillazo

Al final recurrí a la ristra de topicazos:

- Es la primera que me pasa, creo que he bebido mucho, no puedo entenderlo... Incluso una excusa, literalmente real: Lo siento, me he equivocado, no se volverá a repetir.

Visto lo visto, me olvidé de mi órgano sexual y, como pago a su comprensión y saber estar, me centré en el de ella, hice lo que estaba en mis manos por dar placer: dedos. De hecho, de no ser por mi por mis problemas de erección, desde su punto de vista podía haber sido una cita ideal. Un tipo que escucha y que se preocupa más por dar placer que por conseguirlo. Al final va a tener razón Punset y la felicidad va a estar en el cerebro.

Ella quiso quedar de nuevo, pero yo no... No podía volver a mirarla a la cara sin morirme de vergüenza. Pero siempre la recuerdo con cariño. De hecho muchas noches pienso en ella, en su cuerpo, en lo que hicimos juntos.... Y lo que más me jode de todo.... Es que cada vez que pienso en ello... me empalmo.